

Algar  Colección CALCETÍN

# La noche de los animales

Agustín  
Fernández  
Paz

Dibujos de  
Alberto  
Pieruz



## 1. Una actriz en la familia

Un día, al entrar en el centro cultural del barrio, la madre de Raquel leyó un anuncio que alguien había pegado en el cristal de la puerta:



**¿TE GUSTARÍA ACTUAR?**  
**¡Esta es tu oportunidad!**

Necesitamos 12 personas  
para el nuevo grupo de teatro.

**¡TE ESPERAMOS!**

**¡Infórmate en la oficina del centro!**

Como siempre había deseado ser actriz, nada más leerlo se dirigió al despacho donde estaba la oficina. Allí, la encargada le informó de que la nueva directiva del centro deseaba poner en marcha un grupo de teatro aficionado. Para dirigirlo, habían contratado a una directora con mucha experiencia en la formación de actores. La propuesta estaba teniendo éxito, pues había ya cinco personas apuntadas, y eso que no hacía ni 24 horas que habían colocado el cartel.

A la madre de Raquel le pareció una idea estupenda y se apuntó de inmediato. Cuando contó en casa la decisión que había tomado, tanto su marido como su hija se alegraron mucho. ¡Pronto tendrían una actriz en la familia!

Poco tiempo después, el grupo comenzó a trabajar. Al principio sólo hacían ejercicios

para aprender a expresarse con el cuerpo y con las palabras. Al cabo de varias semanas, iniciaron los ensayos de la obra con la que harían su debut. Se trataba de una historia de misterio titulada *Amores y fantasmas*, y en ella la madre interpretaba uno de los papeles principales.

Tras dos meses de intensos ensayos, por fin llegó el día del estreno. Desde por la mañana, Raquel fue observando cómo crecía el nerviosismo de su madre, que no paraba de dar vueltas por la casa. Y no le faltaban razones: además de ser su primera actuación ante el público, ya le había llegado la noticia de que se habían vendido todas las entradas y la sala estaría totalmente llena de gente.



## 2. Una noche sin tía Sara

El padre de Raquel se moría de ganas de asistir al estreno; por nada del mundo se perdería un momento tan importante para su mujer. Y como Raquel no podía acompañarlo, pues la obra terminaría muy tarde y, además, era para mayores, ya hacía dos días que sus padres habían avisado a la tía Sara para que fuera a cuidar de la niña.

La tía Sara es la hermana pequeña de su padre, y la persona más fantástica que Raquel

conoce. Vive en una de las calles del centro de la ciudad y es la dueña de la galería de arte que hay justo debajo de su piso. Cada cierto tiempo, cierra la galería y se marcha de viaje a recorrer algún país lejano, que elige siempre al azar: Finlandia, Costa Rica, Madagascar, Australia, Turquía, Cabo Verde... Para ella, el mundo entero es como una gran mansión repleta de rincones fascinantes que desea conocer.

En su casa tiene un globo terráqueo que se ilumina cuando se enciende la bombilla instalada en su interior, como si fuera un corazón de luz que lo inundase de vida. Para decidir el lugar al que viajará, tía Sara hace girar el globo, cierra los ojos y señala con su dedo índice un punto cualquiera de la esfera. Un día que lo hizo delante de Raquel, le confesó que a veces abría un poquito los ojos, pero sólo un poquito; lo justo para evitar que el





dedo acabase señalando el mar o algún país que ya haya visitado anteriormente.

A la niña no le gustan nada las ausencias de su tía. Y se lleva una gran alegría cada vez que regresa, pues siempre vuelve con las maletas cargadas de objetos exóticos y de regalos para toda la familia. Los mejores siempre son para Raquel, que los guarda como un tesoro en su habitación: la bola de cristal con el pueblo diminuto en su interior, sobre el que cae la nieve cuando la voltea; el firmamento tapizado de estrellas que brillan en la oscuridad; el muñeco autómatas que habla en un extraño idioma y camina como si tuviera vida; la planta de hojas intensamente verdes a la que le sale una única flor roja durante los días de luna llena...

Como a la tía Sara le encanta estar con Raquel, se encarga de cuidarla siempre que sus padres tienen que salir. Esos días son una

fiesta, pues las dos juegan hasta cansarse. Y cuando es la hora de dormir, tía Sara le cuenta historias maravillosas de sus viajes, que la niña escucha fascinada.

Pero hoy, a media tarde, la tía ha llamado diciendo que le iba a resultar imposible cuidar de Raquel. Tenía infección de garganta y le había subido bastante la fiebre, así que el médico le había recomendado no salir de casa y meterse en la cama durante dos o tres días.

A Raquel no le hizo ninguna gracia escuchar aquella noticia. Le encantaba quedarse con su tía, no sólo por las historias tan bonitas que le contaba, sino también porque con ella podía hacer todo lo que sus padres nunca le permitían: comer flanes hasta hartarse, disfrazarse con las faldas y los zapatos de mamá, jugar a esconderse por los rincones de la casa,

bailar *rock and roll* con los viejos discos de su padre... Si tía Sara no venía, aquella noche podía ser muy aburrida.

—¿Y ahora qué hacemos con la niña? —preguntó la madre, cada vez más incapaz de controlar sus nervios—. El estreno es a las nueve, y yo tengo que estar en el centro una hora antes, como mínimo. Te vas a tener que quedar tú con ella en casa.

—¿Cómo me voy a perder la obra? ¡Tranquilízate, mujer! Seguro que hay algún modo de arreglarlo.

El padre daba vueltas y más vueltas por la sala, con expresión concentrada. Por fin, se detuvo y, con la cara iluminada, exclamó:

—¡Ya está! ¡Se me acaba de ocurrir una solución fantástica! ¡La más fácil de todas!

—Pues ya me dirás cuál es, porque yo no veo más que problemas —contestó la madre.

—La niña acaba de cumplir ocho años, podría quedarse sola perfectamente. ¿Verdad, Raquelita? —El padre la miraba con ojos alegres y con una expresión cómplice en la cara—. Total, sólo estaremos fuera unas pocas horas.

Raquel recibió con entusiasmo la inesperada propuesta de su padre. Lo pasaba muy bien con tía Sara, pero la idea de quedarse sola en casa resultaba de lo más irresistible. ¡Entonces sí que podría hacer lo que le apeteciera de verdad!

Su madre, después de muchas dudas, también acabó por aceptar aquella solución. Le preparó a Raquel una cena fría, pegó en la puerta de la nevera una hoja con los teléfonos a los que podría llamar si pasaba algo, le repitió mil veces las cosas que *no* debía hacer... La niña contestaba «Sí, mamá» a cada una de las instrucciones y ponía cara de prestar

la mayor atención del mundo a sus palabras. Aunque, en realidad, todas eran cosas que ya sabía de sobra.

—Sobre todo, no le abras la puerta a nadie. ¡Ni se te ocurra! Y no te acuestes tarde. Puedes ver la tele hasta las diez, si quieres, y luego te vas a la cama —concluyó la madre—. Si tienes miedo a la oscuridad, puedes dejar las luces encendidas; ya las apagaremos nosotros cuando volvamos.

Los padres se marcharon a las siete y media, después de darle a su hija tantos besos de despedida que más parecía que se ausentaban para dar la vuelta al mundo. Raquel se quedó con la oreja pegada a la puerta durante un tiempo, escuchando el ruido que hacía el ascensor mientras bajaba. Cuando ya no se oyó nada, sonrió satisfecha. ¡Por fin estaba sola, con la casa entera para ella!